

**BELMONTE, LUIS ENRIQUE. (2006). *SALVAR A LOS ELEFANTES*. CARACAS:
EQUINOCCIO.**

Reseñado por Karina Wesolowski
Universidad Central de Venezuela
buzondekarina@gmail.com

Una nevera dañada es casi el apocalipsis. Falta que llegue ese momento para que empecemos a verla como la más complicada obra de ingeniería. La angustia que produce uno de estos artefactos al estropearse no sólo se debe a la inminencia de que todo en su interior se está descomponiendo: sino que además el deterioro es progresivo y continuo. Es como el miedito que nos da cuando se rompe una tubería y no podemos cerrar la llave de paso. Es un miedo infantil, solapado, que pocos se atreven a admitir.

Así es, evocando esa cotidianeidad íntima y poco glamorosa, como empieza *Salvar a los elefantes*, la primera obra narrativa del poeta Luis Enrique Belmonte. Sólo que, al revés de lo que quizás haríamos nosotros, el protagonista de arriba no parece preocuparse mucho por su nevera dañada. Se entrega a ese deterioro casi sin protestar. Es verano. Saca de ella unas cervezas tibias y va en pijama (aunque ya casi es mediodía) a disfrutar en casa de su vecino de un estimulante documental sobre los elefantitos huérfanos.

Desde entonces ya notamos una de las notas más cautivantes del libro: el protagonista tiene una ingenuidad tierna, de niño: cuando su vecino parece verse profundamente deprimido él le dice, casi como un niño, que no hay por qué afligirse, que haga algo, que adopte a un elefantito del tercer mundo. Pero lo atractivo es que esa inocencia se mezcla con un toque de ironía que raya la burla. La irreverencia y el humor se hacen presentes todo el tiempo; por ejemplo, al enterarse de la desgracia de su buen vecino, que él llama “el hombre que amaba a los elefantes” dice: “lo sentí mucho por mi vecino. Que su esposa falleciera, justo en el momento en el que había contratado televisión por cable, me parecía una broma macabra” (p.17).

Este tipo de toques nos hacen sonreír todo el tiempo. Los dichos de un tal Dumont, a los que nuestro personaje recurre cada momento, también lo son: “un hombre que se precie de serlo nunca debe salir a la calle sin chaqueta, y además no puede prescindir de un pijama decente que lo represente durante los días feriados” (p.15). Son irreverentes y algo absurdos, pero casi siempre ciertos. La voz de

Dumont se convierte también en una constante que le da ritmo a la narración. Y el ritmo, a su vez, se hace protagonista en otros fragmentos: el documental de los elefantes que se narra en presente emulando el ritmo audiovisual y que se va intercalado con lo que sucede en el piso del vecino; un rollo de fotos también se dibuja con los *clics* que va haciendo la cámara.

El presente narrativo en muchas partes de la novela es algo profundamente atractivo que nos acerca más a la acción. Este personaje de Belmonte está en un “presente” que no acaba y va más allá de la inactividad de un verano barcelonés de vapor caliente. Desempleado y aparentemente abandonado por una novia que se ha ido a Delft, se deja llevar, vive un tiempo casi irreal, sensación que refuerzan su irreverencia e inusual candidez. A ésto se refería Javier Marías en sus novelas cuando habla de épocas de nuestras vidas que transcurren casi como si no estuviesen ocurriendo, o como si las estuviese viviendo otro. Aquí el protagonista está como ausente, en un tiempo suspendido, como las mujeres que pinta Vermeer, y que él recibe en postales de Evelyne: “estoy bien” es todo lo que dicen, así, fríamente.

Se deja ver entonces que debajo de la candidez y carácter lúdico hay un trasfondo de vacío y depresión; su “nulidad” por dar un ejemplo superficial la hallamos en la manera en que deja morir a su nevera. El nombre de su psiquia-tra, Boltanski, parece dialogar con la obra *Sombras* (1999) del artista plástico, en la que el gran tema es también la ausencia. Un largo fragmento en que él imagina con lujo de detalles todo lo que pasaría si viajara a Delft a ver a su novia (el hombre de lentes del tren, la mujer rolliza del hostel y sus curiosas lámparas, la tasca, las calles) nos sumerge en un discurso ya no tan cándido y lleno de humor como el resto de la historia, sino de una gran tristeza poética.

Casi podemos oír el crujir de los cacharros, como él decía que podían oírse en los cuadros de las postales. En cierta parte, en otra voz, la tasca de Delft se transforma en un seductor y grotesco caos. Delft es el sitio que se hace más tangible aunque precisamente sea el único lugar donde él no está, y lo que realmente le sucede parezca el sueño suspendido: un toque irreal de humor absurdo.

La melancolía va a la par de los relatos sobre Chet Baker que aparecen en el texto como su trompeta nostálgica en “On The Green Dolphin Street” (1957), pero desaparece con las sonrisas que

constantemente se producen en el lector, en el análisis que él hace de su psiquiatra: tiene “¡CONTRATRANSFERENCIA!” (p.30); en sus observaciones: su amigo es “kiosquero y troskista, las dos cosas con k” (p.22); en las infantiles pero agudas preguntas que hace la niña Marga sobre los elefantes; en las consideraciones sobre qué deporte es mejor para practicar -cosas que muchos piensan pero pocos dicen, al estilo del inicio de la película *Adaptation* (2002)-; en su experiencia en la piscina pública donde la liga floja de su traje de baño lo hace objeto de risitas.

En ese pasaje está de nuevo el observador aparentemente ingenuo que revela verdades como lo hacen los infantes; observador que es constante en el libro: “sentir el aire en la cara. Los motorizados y los veleristas son especies realmente privilegiadas” (p. 60). El protagonista es un poco como su amado Chet Baker: “un hombre que saboreaba cada nota dándole sentido al caos y la desesperación” (p. 64).

Alrededor de todo está un espectáculo algo circense: la muerte ridiculizada de varias personas. Lucille Ball hace de las suyas en la tele al lado de un cadáver; los inquilinos hacen una feria medieval con quemas para alejar los malos espíritus, inspirados por el grandilocuente discurso de un profesor que les habla de Bocaccio; una muerte ocurre la primera vez que un personaje sale a hacer ejercicios. Y, por supuesto, el morbo vecinal ante una ambulancia, los bomberos y la patrulla de homicidios: “Me froté las manos, pues un acontecimiento de este calibre siempre emociona y suscita gratas fantasías” (p.31). El ambiente burlón recuerda la película *La comunidad* (2000) de Alex de la Iglesia o el cuento de Salvador Garmendia “Un claro día de junio...” (1983).

El tema de los inquilinos en estos planes algo conspirado-res se repetirá en los textos afluentes *Anexo: Informe sobre ausentes* (pp. 91-122). Terminada la novela nos encontramos una serie de cuentos en el mismo escenario de *Salvar a los elefantes*. Es un placer ir descubriendo todos los elementos y personajes de la novela y de otros de los mismos cuentos que se van repitiendo, como por ejemplo la vieja de los gatos o el mismo Dumont.

Así, todo se va haciendo paralelo, como si perteneciera al mismo universo. Pero lo especial no sólo está allí: el Dumont que según varias pistas podría ser imaginario en la novela en los cuentos es “real”. Se juega entonces a que quizás este universo de personajes curiosos (el sastre de vestidos de muñecas es uno), a veces

identificados por el número de sus apartamentos, es un mundo también imaginario fabricado por el encantador protagonista de *Salvar a los elefantes*. O quizás todo lo que leemos en estos cuentos es lo que ocurre mientras él ve fallecer a su nevera moribunda e insiste en su amor por los huerfanitos paquidermos. En resumen esta primera obra narrativa de Belmonte es un libro imperdible por su frescura, irreverencia e inteligencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Jonze, S. (director). *Adaptation* [filme]. (2002). California: Beverly Detroit.
- Baker, Chet. (1957). On The Dolphin Street. *Embraceable you*. Nueva York: Pacific Jazz.
- Boltanski, Chistian. (1999). *Sombras*. Caracas: Museo de Bellas Artes.
- Garmendia, Salvador. (1983). "Un claro día de junio...". En *Los escondites* (pp. 111-119). (2da ed.). Caracas: Monte Ávila.
- De la Iglesia, A. (director). *La comunidad* [filme]. (2000). Madrid: Antena 3, Lola films y Vía digital.